

moderna guerra aérea, agravada porque el aguante y la resistencia de los defensores hizo endurecer el tratamiento de las bombas y los proyectiles hasta sembrar la desolación, en una ciudad que hacía vida subterránea y cuyo aprovisionamiento llegó a depender de una sola y secundaria vía de comunicación con el resto de la zona leal.

Y la resistencia siguió siendo indomable, hasta producirse el más sorprendente fenómeno de adaptación, entre hambre y frío, a una guerra que se tenía a las mismas puertas.

A los cuatro meses de haber llegado las tropas de Franco a las riberas del Manzanares, el periódico de una unidad combatiente resumía así la situación:

«El día 7 hizo cuatro meses que el fascismo internacional ataca a Madrid. Todos los que han atacado se han roto los cuernos en nuestros parapetos y los que vengan, también se los romperán.»

Como si hubiera sido un presagio, un día después se iniciaba la ofensiva que con tropas regulares italianas iba a extenderse por los llanos de Guadalajara. El día 14 un contraataque republicano desmontaba la ofensiva y ponía en fuga a los hombres de Mussolini. «Castilla Libre», periódico confederal de Madrid titulaba así la noticia:

«Madrid no es Addis-Abeba, pero Trijueque se parece mucho a Caporetto.»

Tal vez fuera esta la única incidencia bélica cuyo desenlace puso de acuerdo a los españoles que se batían a uno y otro lado de la trinchera mediante un sentimiento de orgullo compartido. En el banco republicano, el libertario Antonio Agraz cantó la copla así:

«Bergonzoli sinvergüenza  
general de las derrotas  
si quieres tomar Almadrones  
con los bambinos que portas  
no vengas con pelotones.  
¡Hay que venir con pelotas!»

En el bando de Franco, el episodio se juzgó más como una victoria española que como una derrota nacional. Y con música de «Faccetta Nera», se cantaba:

«Guadalajara no es Abisinia  
corre que corre que se nos echan encima.»

Cortado el paso por tierras alcarreñas, los sitiadores tardarían dos años en poder ir de la Moncloa a la plaza de España y desde el cerro de Garabitas a la Cibeles. Así quedó escrita la defensa de Madrid, iniciada un mes de noviembre del que se cumplen ahora cuarenta y cinco años. R. A.

# LA BATALLA POR MADRID

SANTIAGO ALVAREZ

**C**ON el crepúsculo del 6 de noviembre de 1936, caían sobre Madrid los primeros proyectiles lanzados por los obuses de las fuerzas adversarias del poder republicano.

Sometida desde hacía ya meses a constantes bombardeos aéreos, que destruían los hogares y hacían miles de bajas en la población civil, la ciudad se veía ahora ante la acción directa de la artillería, augurio siniestro de que la capital del Estado iba a vivir jornadas decisivas. La principal fuerza militar de que disponían los de enfrente, el Ejército del Tajo, reagrupado y estructurado durante 18 días después de la conquista de Toledo, estaba a las puertas de la Villa y se disponía a lanzarse a su asalto.

El hecho de que los primeros obuses cayesen sobre las calles de Madrid, de que los Ejércitos adversarios estuviesen a sus puertas, demostraba que el incipiente Ejército Popular, empezado a estructurar a partir del 10 de octubre, y los restos de las antiguas mili-

cias, no habían podido contener su progreso a pesar de algunos contraataques.

En la llamada zona nacional era general la opinión de que el Madrid republicano no resistiría su ofensiva. Parece que así lo creían también el propio Franco y su Estado Mayor.

Una creencia similar, aunque no tan generalizada, existía en nuestra zona. Alcanzaba a militares del Ministerio de la Guerra y hasta a ministros del Gobierno. Ciertamente, defender Madrid no era fácil. Tampoco era imposible, sin embargo. Los hechos vinieron a demostrar el error de quienes no creían en su defensa.

Para las fuerzas democráticas, el dilema residía en que Madrid siguiese siendo o no la capital de la República, su soporte moral, como era el epicentro geográfico de España. Si sucumbía al impulso de los atacantes, la resistencia republicana llevaría un golpe de muerte. El fin sería inmediato.

La solución del dilema no se situaba en el terreno militar exclusivamente. En realidad, lo militar es, por defini-

Santiago Alvarez, autor de este artículo, con el general Miaja.





«Para las fuerzas democráticas, el dilema residía en que Madrid siguiese siendo o no la capital de la República, su soporte moral. Si sucumbía al impulso de los atacantes, la resistencia republicana llevaría un golpe de muerte.»

ción, un problema esencialmente político, económico, moral y social. Y es en este terreno en el que se situó la defensa de Madrid.

Los que hablamos recorrido ya, luchando pero retrocediendo, los kilómetros que separan a Talavera de la Reina de los arrabales de la capital, sentimos, al igual que la mayoría del pueblo madrileño, la necesidad de «plantar pie» y de no retroceder más. Nos sentimos con valor para realizar una defensa, que, en las condiciones en que tuvo lugar, fue el asombro de millones de seres.

Alguien ha dicho que el valor, al igual que el miedo, no son fruto de la inteligencia, sino sentimientos. Mientras el temor busca la preservación física, el valor, un instinto más noble, aspira a la preservación moral. Parece ser así. El hecho es que para defender Madrid había que suscitar el *sentimiento colectivo del valor*. El objetivo fue logrado. Pero lo fue, entre otras razones, porque el sector más consciente del pueblo hizo de germinador y activador de ese sentimiento. Sólo así se pudo crear y se creó una conciencia generalizada de que Madrid podía ser defendido.

El 6 de noviembre me encontraba en Villaverde combatiendo como comisario político al frente del 4.º Batallón de la 1.ª Brigada Mixta del Ejér-

cito Popular la mandaba el entonces comandante Enrique Líster, Brigada que más tarde, con sus seis batallones, se transformaría en la 11 División, base esencial del posterior V Cuerpo del Ejército, de cuyas unidades fui sucesivamente comisario político.

Como su nombre indica, dicha Brigada fue la primera que se organizó cuando el Gobierno de Largo Caballero pasó de las palabras a la acción y se crearon las seis primeras Brigadas del Ejército Popular. La integraban entonces cuatro batallones que, procedentes del 5.º Regimiento, estaban ya fogueados por haber combatido, unos, en la Sierra, el mío, el 4.º en el frente de Toledo y todos ellos en el contraataque de Seseña (1).

(1) El 4.º Batallón de la 1.ª Brigada Mixta, que mandaba el antiguo capitán Manuel López Iglesias, ascendido después a comandante y más tarde a teniente Coronel, era el de las Milicias Gallegas, que fueron organizadas autónomamente. Su Cuartel y su base de instrucción estaban en la calle Juan Montalvo, 28, barriada de Cuatro Caminos. Combatimos en el frente de Toledo: Maqueda, Torrijos, Jerindote, etc. Al regreso de aquel frente, el Batallón adoptó dos decisiones: eligió en asamblea, por unanimidad, su comisario político, cargo que recayó en mi persona, y decidió ingresar en el 5.º Regimiento. A los pocos días de este hecho se formó ya la 1.ª Brigada Mixta.

Por su comportamiento en Maqueda, las milicias gallegas fueron felicitadas por el Ministerio de la Guerra; y por su lucha en Seseña, lo fue el 4.º Batallón, por una orden del Jefe de la Brigada.

La 1.ª Brigada Mixta, cuyo flanco izquierdo, Villaverde Perales lo guardaba el 4.º Batallón, tuvo la misión de defender Madrid en el sector Villaverde-Entrevías. Que la cumplió con honor es un hecho histórico.

El sector mencionado, flanco derecho de las fuerzas atacantes, tenía doble importancia para la defensa de Madrid, ya que resultaba vital mantener las comunicaciones de la capital con Valencia y el litoral Mediterráneo, por la carretera de Arganda. Ante la imposibilidad de tomar Madrid, los ataques franquistas se orientaron posteriormente a cortar aquellas vías. Tal fue el objetivo de la batalla del Jarama.

El objetivo parcial de los atacantes en la zona de Villaverde los días 6, 7, 8 y 9 de noviembre, consistía en alcanzar y, si era posible, cruzar el Manzanares. Mi batallón les disputó palmo a palmo el terreno, luchando en cada calle y en cada casa. En ocasiones una acera de la calle la ocupaban ellos y la otra nosotros. Lo mismo ocurría con los edificios. En la gran nave de la antigua factoría Euskalduna, ellos tenían un muro y nosotros el otro. Sólo el vacío de la nave era «tierra de nadie». Al cesar los disparos de los fusiles, el tableteo de las ametralladoras y el estruendo de las bombas de mano, resonaban los insultos y los improperios, «¡Hijos de Pasionaria!» -gritaban

## LA BATALLA POR MADRID

los de enfrente- «Moita honra pro men pai» -respondían mis paisanos.

Como había que infundir moral a los combatientes, instalamos el puesto de mando del batallón a unos 150 ó 200 metros de la primera línea. Nos hallábamos en una casucha al borde de la orilla derecha del Manzanares, junto a un puente ferroviario, entre la carretera que va a Perales y el ferrocarril de Alicante. Un golpe audaz del enemigo podía darnos un disgusto, sobre todo, de noche. Pero nuestro único afán era el de estar con los soldados y correr su misma suerte. Sólo así cabía mantener su moral y conservar nuestra autoridad entre ellos. La cuestión consistía en permanecer vigilantes y, una vez detenido el empuje enemigo, fortificarnos a conciencia. Durante la jornada del 6, y todo el día 7, ni el comandante ni yo nos apartamos un momento del batallón ni de los lugares donde se requería nuestra presencia.

La lucha alcanzó gran encarnizamiento y violencia. Fue precisamente en esa fecha, el día 7, cuando, al registrar el cadáver de un oficial de tanques franquista muerto en combate, se le encontró la orden de operaciones del mando, emitida dos días antes, donde se fijaba el plan de ataque a fondo para una fecha que, aunque no precisada, se suponía ser el día 8. El conocimiento de dicha orden, que al atardecer obraba ya en poder del general Rojo, facilitó al Estado Mayor de la defensa de Madrid la adopción de medidas.

Volvamos un poco atrás. Los cañonazos con que se estremeció Madrid la tarde del 6, tuvieron como preludeo el hundimiento de las últimas y débiles defensas del extrarradio. La víspera había caído Alcorcón y el propio día 6 se derrumbaba la defensa del Cerro de los Angeles y de Carabanchel Alto.

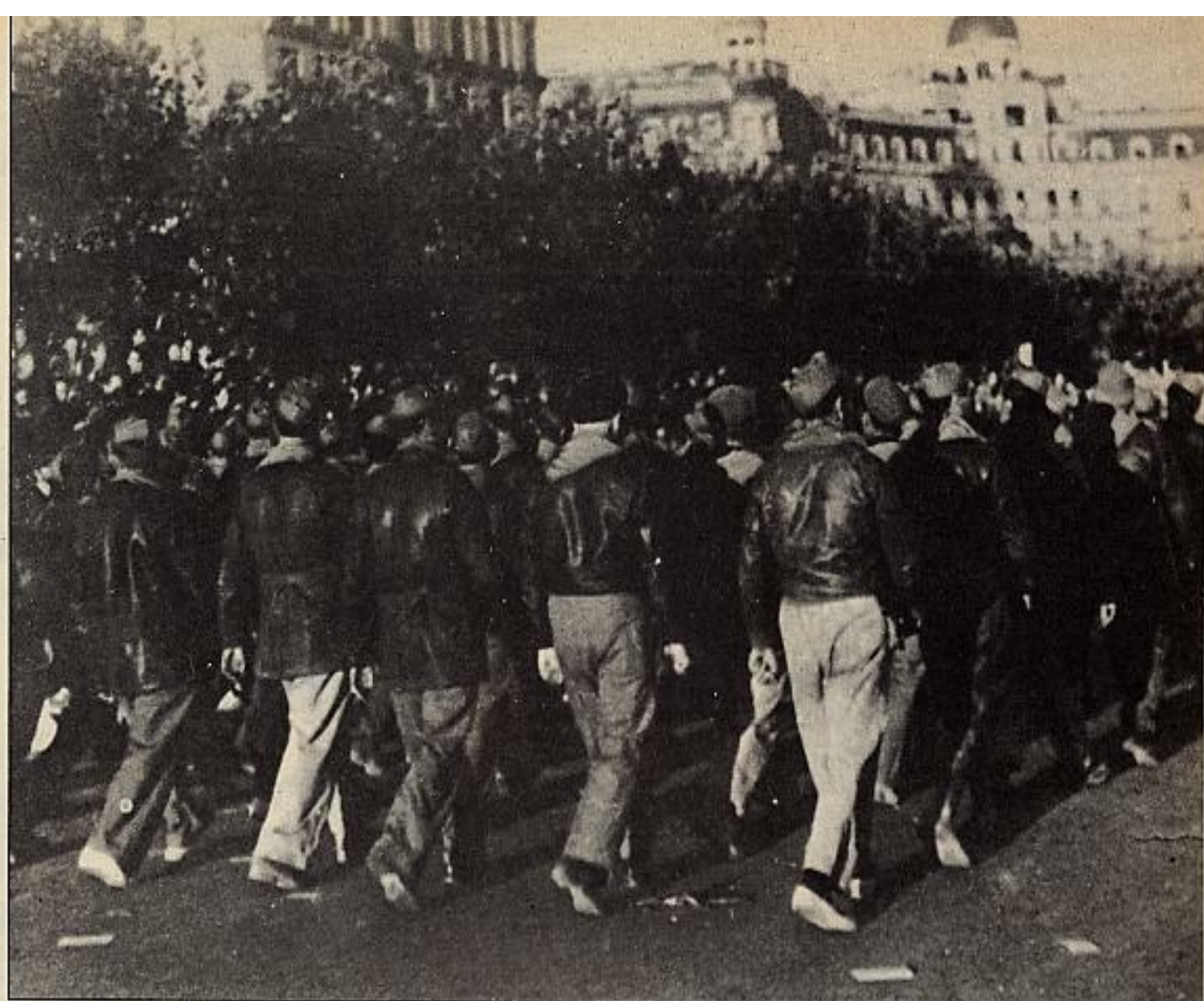
El día 5 se había ampliado el Gabinete de Largo Caballero, del que ya

formaba parte el PCE, con la Confederación Nacional del Trabajo (C.N.T.). A raíz de entonces, la clase obrera, a través del PSOE, del PCE y de esta Central Sindical, tenía un peso hegemónico en el Gobierno, lo que representaba un gran estímulo para la lucha. Pero las divergencias ideológico-políticas entrañaban también un gran obstáculo: a ellas se debía el mucho tiempo perdido en la organización del Ejército Popular y en la preparación de la defensa de la capital.

La tarde del día 6, veinticuatro horas después de su reorganización, el Gobierno acordó salir para Valencia. Esta decisión, saludada por los que queríamos defender Madrid, causó, sin embargo, cierta desmoralización en algunos sectores. Añadida a los bombardeos y a la proximidad de las tropas que pretendían conquistar la ciudad, la marcha del Gobierno acentuaba la sensación de un peligro que no podía ser más real.

*Puerta del Museo del Prado en el momento de evacuar los cuadros, para evitar su destrucción.*





*Primer desfile de las Brigadas Internacionales por las calles de Madrid.*

Algunos de los principales jefes militares que integraban el Alto Estado Mayor, formado pocos días antes (2), o que ejercían como ayudantes o consejeros de Largo Caballero, ministro de la Guerra, prisioneros de sus concepciones tecnocráticocastrenses, no creían que Madrid pudiera defenderse y dejaron sobres cerrados con las órdenes pertinentes para la retirada y el abandono de la capital. Olvidaban que el entusiasmo del pueblo en la defensa de una causa puede suplir la virtud militar de un Ejército, que es una de las fuerzas morales más importantes de la guerra. Un numeroso grupo de oficiales del Ministerio de la Guerra y otro de la Marina, desaparecieron y se pasaron al otro bando.

Pero mientras ocurre todo eso, se designa un jefe, el general Miaja, y se

crea un Estado Mayor para la defensa de la plaza, encabezado por el entonces teniente coronel Rojo, más tarde general. Se nombra, asimismo, una Junta Delegada del Gobierno (Junta de Defensa) (3). El Estado Mayor empieza a funcionar.

Por las informaciones recibidas, y por la orden recogida sobre el cadáver del tanquista, nuestro Estado Mayor de la Defensa de Madrid precisó los planes de los atacantes. Se proponían operar con siete columnas. Dos irrumpirían por los sectores del Puente de Segovia, Toledo y Princesa, aunque su misión se reducía a distraer las fuerzas de la defensa. Las columnas llamadas a penetrar en Madrid en profundidad lo harían por el Oeste. Tres habrían de avanzar por la zona de la Casa de Campo, cada una de ellas

con su misión específica, debiendo las restantes entrar por el Puente de los Franceses. A la vista del dispositivo atacante, se montó precipitadamente la defensa.

En los anales de ésta consta históricamente que las formaciones o unidades militares que cerraron el paso a la ciudad fueron: Villaverde-Entrevías, 1.ª Brigada; Vallecas, fuerzas mandadas por el teniente coronel Bueno; Puente de la Princesa, coronel Prada; Carabanchel, comandante Rovira; Carretera de Extremadura, coronel Escobar que, al ser herido, fue reemplazado por el teniente coronel Arce; Casa de Campo y Puente de la República, coronel Clairac, sustituido por el teniente coronel Francisco Galán al resultar herido; Casa de Campo, comandante Enciso; Puente de los Franceses, comandante Romero; Húmera-Pozuelo, comandante José María Galán (3.ª Brigada de Carabineros); Boadilla del Monte, coronel Barceló.

El coronel Mena, que disponía de una pequeña reserva sin armas en el

(2) A partir de la 1.ª quincena de octubre, el subsecretario y hombre de confianza de Largo Caballero, era el general Asensio, José, y el jefe de Estado Mayor, el general Cabrera (Toribio M.).

(3) La Junta de Defensa estaba presidida por el general Miaja y, entre otros comunistas, formaban parte de la misma Santiago Carrillo y Antonio Mije. Entró en funciones el día 7.

## LA BATALLA POR MADRID

Puente de Toledo, recibió el encargo de coordinar las columnas del Puente de la Princesa, Carabanchel y Carretera de Extremadura. El coordinador de los sectores Casa de Campo-Puente de la República y Casa de Campo-Puente de los Franceses, en las mismas condiciones que el anterior, disponiendo de una pequeña reserva sin armas en el Paseo de Rosales, fue el coronel Coque. La defensa artillera estaba al mando del comandante Zamorro; la dirección de la fortificación, a cargo del coronel Aldir; y la organización de la Sanidad bajo la dirección del doctor Planelles, que tenía como inmediato colaborador al comandante Recatero.

En los días subsiguientes al 7 de noviembre, y antes del 15, entraron en fuego otras unidades: la 1.<sup>a</sup> y la 2.<sup>a</sup> Brigadas internacionales (11 y 12 en la nomenclatura que prevaleció posteriormente). La 1.<sup>a</sup> ocupó posiciones el día 8 en la Casa de Campo, y la 2.<sup>a</sup> entró en combate el 9, en el sector del Cerro de los Angeles. Las demás brigadas españolas que se incorporaron a la lucha fueron: la 4.<sup>a</sup>, mandada por Arellano, que cubrió la zona de la Estación del Norte; la 5.<sup>a</sup>, bajo la

dirección del comandante Sabio, que se dislocó en la Ciudad Universitaria y las columnas Ortega, Durruti, Tierra y Libertad. La articulación de estas fuerzas correspondió al coronel Alzugaray. Las columnas Mera, Perea y Cavada protegieron desde la Ciudad Universitaria hasta Húmera; y la 2.<sup>a</sup> Brigada, al mando de Martínez de Aragón, se dispuso a la defensa del Hospital Clínico. Ante esta enumeración, el lector debe tener presente que el dispositivo racional y técnicamente establecido sobre el mapa militar tenía mucho de teórico: prácticamente gravitaban sobre él la situación de conjunto y las circunstancias excepcionales que se vivían.

Lo auténtico, lo real, es que si, al mediar el 8 de noviembre, la irrupción de las tropas asaltantes en Madrid había sido atajada, ello se debió a que la fuerza moral y el heroico espíritu de sacrificio de las masas populares ma-



drileñas (con las que vibraba en aquel momento toda la España leal), fueron adecuadamente encauzados a tal fin.

Los cines y los teatros cambian sus carteles, ansiosos de coadyuvar a la defensa de Madrid. Las películas «El acorazado Potemkin» y «Chapáiev, el guerrillero rojo», entre otras, alientan a miles de madrileños como formidables acicates de lucha y de heroísmo. Varios grupos dramáticos, con tablas desmontables, variante del Teatro de Urgencia, recorren los barrios de la capital, las fábricas y los cuarteles, llamando a la lucha, fustigando al emboscado y desenmascarando al quintacolumnista, al cobarde, al propalador de bulos... Las medidas de seguridad adoptadas frenan las actividades de la Quinta Columna, ya que no acaban definitivamente con ella. Se pone coto a los incontrolados, que pretenden seguir haciendo la justicia por su mano. La movilización popular corre una senda paralela al establecimiento de un riguroso orden democrático en la ciudad. Se impone el fuero de la autoridad porque así lo desea el pueblo.

Aplicadas todas esas medidas, el ambiente ha comenzado a cambiar de signo para el 6 de noviembre. Va superándose la corriente de desánimo y de derrota, y brota de la sociedad misma un hábito combativo que adquiere proporciones épicas. Las mujeres no sólo construyen fortificaciones y levantan barricadas, sino que repelen a los timoratos que abandonan el frente y pretenden emboscarse en la capital. Existe ya una conciencia colectiva. Madrid es ya una ciudad en pie de guerra. ■ S.A.



«Nuestro único afán era el de estar con los soldados y correr su misma suerte. Sólo así cabía mantener su moral y conservar nuestra autoridad entre ellos.»